

La flor, el barco y el alma

Elizabeth Schön

Poesía



Editorial Diosa Blanca

*Mas ella
la de siempre más
como nunca ha vivido en los campos
ni en las montañas
jamás se desprende*

Yo entro en el corazón de esta flor, *donde no caben el pie / la mirada , la razón*, tal como salí al mundo, a la existencia, con una terrible sensación de desprendimiento, de haber sido separado, para nacer a una dualidad que conforma la división entre mi yo y ese mundo. Al salir a la luz, que hace las cosas visibles a nuestros ojos, experimentamos el cambiante y múltiple mundo de la vida y la muerte, de la creación y la disolución, del tiempo y del espacio. Esa visión es a su vez transitoria, fugaz, impermanente: *El nacimiento es una luz*

Sin embargo, esta otra luz que empieza a iluminar mi desamparo y mi temor, esta especialísima luz que emana de aquella flor y que me hace volver el rostro hacia su centro -donde somos capaces de ver lo invisible- oscurece lo visible, lo múltiple, lo manifiesto. ¿Quién es esta flor tan blanca, *en blanquísimo oro / sin reflejo alguno de azul / verde, marrón*, que alumbra así, *con luz nunca de sol / flor ésta tan desnuda y ausente*, que nos penetra de esa manera con su *más pura emanación virtual* ? ¿ Será esa rosa que salida de las aguas primordiales, se eleva y se abre por encima de ellas, aportándonos datos sobre la belleza de la primera madre, o aquel loto sagrado que se despliega y se mantiene puro sin ser mancillado sobre las aguas estancadas? Tal vez sea la rosa eterna que contiene al mundo en germen, las posibilidades de su ser, su corazón, su centro, la rosa de los vientos, la copa de la vida. Pero no hay otra tan cercana a mi alma, tan similar a ésta de San Juan de la Cruz, *rosa blanca, viajando pura sobre el torrente de las aguas de la vida, de la existencia*.

Las otras, *las de los campos y las montañas, las de la selva, el musgo, la vertiente* - incluso siendo receptáculos celestes, del rocío y la lluvia - al igual que el resto de las formas, están mezcladas y penetradas por los contrarios. Cada uno de nosotros, estamos viviendo y muriendo, mezclados y relacionados con las fuerzas del movimiento, que nos individualizan e involucra en el comienzo, el despliegue y la caída de una existencia y el surgimiento de otra. Por eso somos cognoscibles, pronunciables, descriptibles, visibles; por eso somos impuros; pero Ella, única, en su soledad inefable, en su transparencia silenciosa, en su eterno ahora, atemporal, es *inagotable, inabordable, impronunciable* por nosotros, allí, donde *el aire no la roza / el agua no la daña / la muerte no la toca / así de sola.*

Su gracia, vuelve visibles a los cuerpos impuros. Su inexistente invisibilidad, su transparencia, deja pasar nuestra mirada permitiéndonos ver; pero su luz en sí misma, es invisiblemente cegadora. Y nosotros, ¿qué vemos ? *Lo visible no comienza en la luz / empieza en lo inexistente / al fluir junto a la mirada de un niño / en la figura de un árbol / en la exactitud de un poema.* Sólo vemos parcialmente lo exacto, lo contradictorio, lo opuesto, el origen y el fin, la esencia y la existencia, lo puro y lo impuro, el uno lo dual y lo múltiple, lo lineal y lo circular, la ida y el retorno, el silencio y la palabra: *Lo exacto / en el fondo de los relámpagos / en el fondo tembloroso de la palabra.* Sin embargo, todo ese proceso mutante de nacimiento-muerte, toda esa impermanencia es, a su vez, penetrada, sostenida, precedida y sucedida por la invisible Ella.

* * *

En el alma / como si no fuéramos / sangre / médula / límite hasta el fin / y mientras más la sentimos / más se nos arraiga / y más nos cerca / la frescura de su blanco aroma abierto; dulce aroma,

mostrando el sendero que el alma debe seguir para relacionarse con el mundo y la existencia tal como son. Ella es como la gran madre, nunca nacida, siempre siendo, posible en lo imposible, sin comienzo ni fin, pero activa, para el despliegue y la revelación del mundo fenoménico. Ella *ni nace ni muere*, como el vacío incesante, como el cielo, como un gran útero cósmico que permanentemente está grávido o sacando a la luz nuestra percepción de la realidad, como una gran *rueda / que se abre se cierra / se cierra se abre*, donde *no hay flecha, detención*, porque *lo invisible no es tan invisible / el vacío es su carpa*, su útero. Por eso, para verla, debemos *raspar el cielo*, para que *baje la nube, la lluvia*, aguas sagradas... *bebedero del alma*. Ella / *la más ella de todas / nos señala lo inseparable*, conteniéndolo todo, todo el espacio en su centro y todo el tiempo en potencia, antes de que éste se desdoble en el "tiempo" tal y como lo contemplamos; Ella desafía la medida humana porque en su corazón todo ocurre simultáneamente: el principio y el fin acaecen en uno y en cada momento del tiempo lineal como un "eterno ahora", *La flor en el instante de todo nacimiento / tiempo parejo de lo inmensurable / igualmente aquí...su razón no es lo exacto*.

Ante la visión de este suceso incomprensible, la destrucción de la dualidad y la revocatoria del número en la conciencia, produce una sensación de apertura y de libertad tan abismal y sobrecogedora como la del desprendimiento inicial del nacimiento a este mundo. Entonces yo busco su rostro como el rostro arcaico de la gran madre que reposa en los *pórticos que vigilan el origen* desde donde me hace señas, *seductora / de callado sorbo manantial, velos*. Iniciamos, así, el viaje que restaure nuestra unión y anule la distancia entre nuestro yo y el origen, para *cruzar las murallas impertérritas*, como *el joven en vía hacia ella / y de ella hacia lo demás y todo...ése que buscaba el solo y único rostro...centro de navegación indescifrable...lejos del polen / lejos del fondo que se parte y se repite...inclinado paso de acercamiento / hasta entrar en la nada del vacío*.

El barco es el símbolo de ese viaje. Con él cruzamos las aguas, nos elevamos por encima *de los puentes que resisten...que impiden que los vacíos / se traguen los arbustos, las flores*; salvamos el abismo que ha dejado *la hendidura de la flecha*, en él viajamos los vivos y los muertos. Nuestras almas son flores, que entran y salen permanentemente de la existencia hacia ella y su silencio, que *se hace invisible / si la mirada busca a esa flor / y un barco semejante a los barcos / nos abre la puerta / en un mar que nos es mar / en un mar que semejante al silencio / no es el silencio de la flor*.

El alma / que mira al barco desplegar / arribar; barco que espera *el anciano dormido al pie del árbol*, y que al arribar *escoge al niño como costa*. Barco construido con el tronco del árbol de la vida, Axis Mundi donde todo converge, construido con los maderos de una cruz donde acaece el encuentro que reconcilia a los contrarios aparentes y la multiplicidad de las cosas manifestadas y visibles nos expresan la unidad por ellas constituida, centro donde lo visible sólo sirve para expresar lo invisible, donde la creación del mundo se reproduce incesantemente como la repetición del acto cósmico; fuerza centrífuga empujándonos más allá de la realidad dimensional, al encuentro de los mundos (materia y trascendencia) que aunque incomprensible para nosotros, nos deja una sensación creciente e intensa de estar a un "*tiempo*" con el todo y Ella, a quién *le pertenece / trasbordar una sombra hacia una luz / Un ascenso hacia un salto / un dolor hacia un camino del día*.

* * *

El hombre, la boca y el mundo; la flor, el alma y el barco; La palabra, el diálogo y la memoria: trinidad, hipóstasis de la creación y la existencia; esencia que funda lo visible en lo invisible, *la palabra carga / donde lo invisible comienza / en espuma blanca / de nubes y velos blancos...la palabra y el vínculo / unión del pistilo con el agua / de la sombra con el cuerpo / del viento con*

las flores de la tierra, y esta otra flor que es nuestra del mundo y de los hombres

La flor deja que el mundo hable...el advenimiento de una otra faz / de una otra voz antigua de la memoria...la flor viva / entre las flores de las aguas temporales / conmigo contigo / con el otro / en la voz / en el pasado...El canto de los espacios siderales / prende en la memoria / el césped del verbo.

Cómo explicar nuestra relación con los mundos, con lo que acontece / entre la piel, el anhelo / y la palabra que congrega, coloca...cosecha, cuerpo / necesidad ...el almendro requerido por todo labio / toda sed / toda agua: alimento, y aquella otra realidad que nos trasciende. El hombre como parte de la realidad material, posee la palabra que es capaz de unirlo con lo trascendente: la poesía, y de constituir un diálogo con los otros. El filósofo, García Bacca, otro maravilloso Juan, nos dice que: *"la poesía es el lenguaje en flor... es el pensamiento en flor, presente y regalo que nos hace la vida, y que no dura más que lo que todo presente, urgido por el futuro, arrastrado por el pasado hacia desde siempre y para siempre...La flor ocupa en el árbol el medio, justo, entre la raíz: de que todo ha venido, y el fruto: de que todo va a venir. Así que la flor es el límite preciso entre pasado del árbol y futuro del árbol. Flor es árbol. Flor es árbol en presente; y presente que nos hace el árbol para que cual regalo la tomemos, regalo que dura un instante, como un instante dura el presente. Mientras que raíz y fruto perduran y se extienden hacia pasado inmemorial, eterno, hacia futuro, patente hacia el para siempre, abierto hacia lo posible"*.

La poeta en cambio, no necesita explicar el mundo; ella lo ama, y lo ama en su integridad. Por eso, nos lo ha devuelto reunificado como un todo, en su pureza; intacto. Ya no hay "este mundo " ni el de "más allá". Y nuestra percepción dimensional se ha precipitado en la amplitud absoluta de un "espacio-tiempo", que al ser "espacio-

tiempo" de la flor, ya no es ni tiempo ni espacio, pues ¿
*Dónde están los espacios / si ella carece de las hebras / para
engazar los horizontes / y llenar la página blanca / sin cesar en
nuestra vida más íntima? / ¿ Dónde se halla el tiempo / si
desconoce los vendavales / e ignora totalmente la muerte ?* La
amplitud de este "mundo abierto" que ella nos devuelve, no nos
diluye ni nos desintegra. Hay en todo este *movimiento visible /
invisible de pasos abiertos / que no pueden retroceder, cerrarse /
red que fluye del árbol al asteroide*, en toda esta corriente que
*sigue / el rumbo de los ciegos / la pisada de los que escuchan / el
silencio de los otros / allá, aquí / antes, después*, una exigencia,
un mandato que nos obliga a reasumir el mundo, a fundar lo
invisible en lo visible y lo visible en lo invisible, con una nueva
categoría de pasión: *la pasión por lo inmenso*, para que la
ejerzamos en nuestro "aquí", en nuestro cuerpo, en nuestro tránsito,
dueños ya de una *abundancia de alas / no alas de aves / ni de la
razón*, donde *ninguna mano se desprende del tiempo*, donde
asimilamos lo permanente.

Ella no sólo nos exige, también nos ama. Y, desde la santidad de
este "para siempre eterno ahora", ella ha arribado a nuestra costa,
donde pensábamos que *ninguna mujer empuja la puerta*, y su
palabra nos ha regalado una flor invisible: hela aquí sobre nuestra
alma, en su *blancura inapresable / de una flor no flor / sin cesar
entre la tierra / el hombre, la palabra y los cielos*.

Edgar Vidaurre.

Blanco aroma abierto

Aquellas de la selva
los musgos, las vertientes
¿comenzaron acaso
dentro de la blancura inapresable
de una flor no flor
sin cesar entre la tierra,
el hombre, la palabra
y los cielos?

En el alma
como si no fuéramos
figura de sangre
médula
límite hasta el fin
y mientras más la sentimos
más se nos arraiga
y más nos cerca
la frescura de su blanco aroma abierto
¡Ah flor!
ahí tú
de cuerpo sin ninguna flor de pasto
torbellino
flecha.

Lo intangible de su blancura
hace viva la casa
y al diálogo ser río
para la hora, la ciudad, la vinculación.
Y por ella
el círculo del sol
sobre el horizonte
el círculo del rostro
al mirar en lo distante
lo espumoso de la niebla
el sacudimiento del amor
la palabra irremediable.

Fugaz el relámpago
para la blanca estancia del tiempo
con la otra flor que no le añade ningún otro más.
Ella
donde nadie la nota
y el alma camina.

Para que irrumpa la risa
basta sentirla
en el curso libre de su bláncor
bajo las frutas de las aguas
bajo la onda leve del segundo
y los ayeres.

El rayo abre el recuerdo
lo fragmentado del olvido
el despertar del sueño
cuando pisa
el lado contrario de su perfil.
La flor en la abertura del origen
y su inalcanzable principio original.

Flor de escena impronunciable

¡Con luz nunca de sol
que flor esta tan desnuda y ausente!
viva en el canto de los siglos
en el canto del hálito y de los muros
aún en el de la volátil flor del joven
en vía hacia ella
y de ella hacia lo demás y todo.

Arriba a la intimidad
y no posee otra razón
que la de permanecer
sin silueta, sin trampas ni presiones.

Bebedero del alma.

Bebedero para acercarnos a los rostros
y tocar las mejillas, el encalado,
aun las escalas fulgurantes de las horas,
los siglos, la eternidad.

Para mirarla
raspamos el cielo
y se desprenden las nubes
la lluvia, el relámpago, la centella
aun lo luminoso, esférico, espacial
desde el primer instante del sol.
Ni aun así
concluye nuestra reyerta contra la inmensidad
como si a la flor
no pudiéramos arrancarla de los cielos, de la tierra
donde cabe lo que se dice de ella
nunca parecido a cuando vive
dentro del largo pasadizo del alma.

Ni ausente ni presente.
En ninguna parte
como el pozo que abandonó su cuenca
y no recordó la soledad
como el árbol
que dejó de estar entre las raíces
la cerca del becerro
envuelto en el agua mansa de la inmovilidad.
Flor de escena impronunciable.
Crepúsculo del vacío primigenio
sin cesar.
Redonda prolongación
cuando está nadie la sospecha.

Sin la orbital memoria
de trizas que aún laten.

Lejos del polen.

Lejos del fondo que se parte y se repite.

Y ¿el traspiés ?

Inclinado paso de acercamiento
hasta entrar en la nada del vacío
semejante al viento de los mares

Ni se retira ni desiste.

La carga el rostro
como si no fuera rostro.

La lleva el sueño
como si no fuera sueño.

Y

¿ Por qué no ha de contenerla el potro,
la madera, el sedimento ?

Pertenecemos a una rueda
que se abre, se cierra,
se cierra, se abre.

No hay flecha , detención.

El ave adelante haciendo estelas.

El ave fuera en luchas y estallidos.

Sin vestuarios

sin espejos.

De la más pura emanación virtual.

Del doblaje más incito.

Visible por invisible

invisible por visible:

Laderas nunca contrarias

como se hallan en las faces de la brisa,

de la sal,

en la blanca

expuesta al solitario ambular de los aires.

No recibe sol.

No contagia semblantes.

Abre las pupilas que en grandes cumbres

persiguen los rostros de las flores

como si la del tarro, el ventanal,

la solapa, fueran esa misma flor

solamente allí

que no pesa en gajo alguno

ni se distrae con los vidrios

de las calles largas

empolvadas de pesadumbre.

Y al fin,

ella en el corazón,

siendo parte misma de las expuestas a la algarabía

a los suburbios

sin que nadie ni nada

conozca su silenciosa presencia

como de madera, barniz, zócalo.

El aire no la roza,
el agua no la daña,
la muerte no la toca
así de sola,
así de blanca en el paseo matutino
a través de las flores otras
en el terruño oscuro de la gavilla.

Nunca sobre la superficie
donde conviven
el trigo blanco de las lluvias
y el anciano que unido al brillo de sus latas
aguarda el fuego de un barco
con redes de nubes.
El sueño nunca rechaza
lo posible de lo inexistente.

Huyen las flores
¿ Quién busca recogerlas ?
¡ Ah ! flores de la tierra y del viento
de las casillas y las techumbres
de la quietud y las hierbas
nobles, de cepa,
de agua, mineral, cal
de sal velada, inadvertida
de aquel gajo íngrimo de la cresta
distante de esa flor inagotable, inabordable,
al perseguir alguien la fragancia de aquellas otras
entre los umbrales y las cuadras
entre los escalones y los aledaños
junto a las cruces perdidas en el albor
sin el día se anuncia
y es el postigo del alma
quien recibe
el habla transparente de lo invisible.

Están las flores de la lluvia,
del mar, de los pasadizos.
Esperan un viaje del que jamás sospechan.
Son flores
y ella es la flor:
anciano dormido al pié del árbol

La de los ríos, los pozos,
viven en capacidad doble de flotar
y no ser la flor errante, sin normas
sin cálculos
en esta tierra tan llena de flores
como son los atardeceres.

Algo indecible nos habla de la flor
recogido entre estepas, vertientes,
que se precipitan en un ir, retornar,
hasta abandonar el último vestigio
de la burbuja oceánica.

Latente emanación
que sube, baja,
se expande entre las redes tendidas del tiempo
y el hombre que pierde su piel
y ni el recuerdo puede seguir recordando.

El tegumento, la articulación, la piel,
ruedan hacia aéreas distancias
llegando a traspasar
hasta el trasfondo último de los celajes.
Puede entonces extrañarnos
que el fruto perezca en los aires,
ninguna mano recoja la pobreza
y en la choza
el goteo constante de la soledad
oscurezca la greda
con la flor jamás flor del portón,
la frente, el lecho.

Si las aves se distancian
si el sueño aún no escala
¿ Quién retiene la flor
si está dentro del palpito
con quietud de cristal rodeado de nubarrones ?
¡ Ah tú la flor !
¿ Pequeña, inmensa ?
Tú:
Centro de navegación indescifrable.

Y nunca la otra flor

No pregunten si la han visto.
Alguien pudo atrapar
el aroma de su corola indescriptible
enredada al recuerdo
como al primer ademán oscuro de la tierra.

Las cascadas pasan
entre los dedos de las mujeres
para que las pupilas busquen libremente
la orilla despejada de la flor
entre las que nacen y mueren
a cada instante.

Nunca una flor es la otra flor
y nunca la otra flor
de inaccesibles costados.

De su envoltura las fases de los caminos.

Las agujas del anhelo

tejen en las nubes.

Los dedos sobre los labios.

La ansiedad rastreando

la abandonada costa de la esperanza.

Y en las aguas la flor cierta, veraz,

sobre lo cierto, veraz de la hora

en su marcado fluido deslizamiento.

Ella, para los días que vuelan
asida a la corte
de los insospechables altercados
y las anhelantes radas de los viajes.

Una flor de ribera
bajo la sombra de otra
semejante al relámpago.
Si la sentimos
el conflicto se derrumba por sí mismo.

Ella

donde apunta el abismo del vacío
e irrumpe el agua del auxilio.

Ella

en la serenidad de un mar
desprendido de marejadas, estridencias.

Ella, si, tal vez,

en la revelación de los hallazgos
y como si nunca hubiera estado allí.

En su silencio

el paso donde se disuelven los rastros
rastro:

acercamiento

de los muros últimos del recuerdo.

No se dobla en cuatro,

seis, diez.

No la atan la onda, los cortes.

Ella la nunca abierta

en la flor prendida

al eco distante del pasado.

En la calma, en la sombra
donde las pisadas
se engarzan al polvo
y el polvo a ese pétalo inaccesible
de las piedras que desconociéndolo
viven para estar
y que giran si las invade
la fragancia de un fragmento
con silueta de umbela
y olfato de mar

El rostro de la niña
casi semejante a la flor
que no le impide recorrer las aceras
llenas de flores pisoteadas
por la negrura de las botas
cubiertas de moscas
que mueren sin destrozar
la más pequeña flor de la tierra.

El paso de las espumas
desapareciendo entre las sombras del azul.
Y ella, flor, las más real
debajo de los cuernos que rajan
y rajando se entierran solos.
Las del campo prosiguen lo mismo
nada sospechan de lo que acontece
entre la piel, el anhelo,
y la palabra que congrega,
coloca.

La libertad del río
la blancura de la neblina
como siendo aquél, piel de arboleda
y la neblina lo que intentamos atrapar
cada vez que el desaliento
barre los linderos del sueño
y la noche se hace noche
en la noche de los rastros.

Dobleces andantes:
un horizonte sobre el acantilado
y una ciudad que se adelanta
hacia un acorde cubierto de nidos
como pequeñas plazas acabadas de nacer.
Ni aun así vislumbramos
y ella sin réplica, sin prisa,
sin el barco que presiente la cumbre
y abandona sus flores.

Decimos amor
y nos rebasa
la blancura de lo exacto.
Así el ventanal de la flor inalcanzable.
Al barco no se le llama
llega a tierra
sin ningún faro que alumbre.

Sin nada en lo visible

Vara enterrada
ella, la flor,
insospechable,
nos escala
si el alma pierde su habitual sabiduría
y sujeta fuertemente
el fondo inapresable de lo invisible.
Es cuando nos es dado
poblar las libertades íntimas, inadvertidas,
amar lo roído del desarraigo,
despejar lo engarrotado de las obsesiones
nunca en esa flor indefinible
sin un donde, un cuando,
en los que colgar alambres,
tramos, azafates.
La palabra entonces,
afluente de lo más original
e interno de los hombres,
se cargará con el aliento de lo invisible,
y en la distancia del pájaro
se nos hará semejante al color del corazón,
que asciende, desciende,
lo mismo que el árbol, el agua , la oscuridad.

Las astillas del astro desaparecido
las carga el pájaro en su rumbo.
Lo mismo hace la flor de la cresta
al llevar consigo su rango de altura
su estirpe de flores cercanas
nunca siendo esa flor
sin nada en lo visible
sin todo en lo invisible.

Si lo invisible fuera carbunclo,
catalejo, alondra,
la flor ¿ seguiría siendo
la que no aparece en los precipicios
en la libreas, en las márgenes ?
No hablamos de pórticos
que vigilan el origen.
Varada dentro del alma
no es ardid
ni sortilegio de neblinas
mas sí, tal vez
viva en las murallas arriba,
debajo de los sueños,
como en la ansiedad
que lanza velos veloces
hasta alcanzar la palidez del astro
en el claro desprendimiento del atardecer.
La flor no asoma
¿ Podrá alguien comprenderla ?

No instala puertas,
peces, vendavales.
Se le dice flor
y ¿ puede poseer algún otro nombre ?
Porque del brote parte el rayo,
del rayo la serpiente
y de la serpiente
lo salobre de la brisa.
La flor de donde emerge
si no la atrapamos en lo visible
ni en lo invisible:
abundancia de alas
no alas de las aves
ni de la razón.

Un guijarro se hunde dentro de las nubes.

No concluyen los cielos
ni el último paso de la tierra.

La flor

como ni nace ni muere
nunca deja de ser la hermosa
esta seductora
de callado manantial y velos.

El niño toca la lluvia
habla.

Su voz podrá ser tuya,
de aquel, del otro,
aun del que nunca desiste en buscar la flor.

Le habían dicho
que en lo hondo del pozo
yacía aquella flor
nunca vista en algar.
Se acercó al agua
un guijarro muy blanco alumbraba
y fue a tomarlo,
el guijarro desapareció.
La niña había oído a la flor
entre el vaporoso fin de la cuenca
y la espuma en forma de tulipán.

A las flores de las aguas
les agrada el calor de los cielos.
Les es suficiente haber crecido
entre las distancias
y lo cercano de algún pájaro labrador.

Agua en el desierto
y brota la flor
la que no se doblega
y nunca permanece frente a los hombres.
Manera sutil de ser lo invisible
presencia de flor
olvidada por las brisas oscuras de los bosques
alejadas de las manos que tantean, arman
y no cesan de clavar sus rastros
de azul, verde
de árbol, aceituna.

En lo invisible
lo entrañable que expone fuera la voz,
la palabra.
Y la escritura es un hilo alto,
largo, denso, translúcido,
que traspasa desde lo oculto,
sonoro de la vida,
hasta el tiempo de la memoria
donde de vez en cuando algo yace
y cae quizá para la flor
que igual al olvido es inaprensible.

Toda ella en la sigilosa soledad
donde el tiempo propicia la intemperie
para que el alma busque esa flor
cada vez más flor en lo imposible
cada vez menos flor en lo rompiente del acantilado.
Desconocida su lejanía
mas de pronto
como siendo aquella que rescatamos
en el último instante del sol.

Ella,
la más ella de todas
nos señala lo inseparable,
en tanto alguien retiene los albergues
para que se entretejan las arañas
con las tazas y los dados
marcados por el ave
que al partir se desintegró.
En el lugar del silencio
la flor sigue dando lo invisible
del día y la noche.

Su extenso valle de cercanías y ausencias,
vive en nuestra íntima soledad
mas es a ella a quién le pertenece
transbordar una sombra hacia una luz
un ascenso hacia un salto,
un dolor hacia un camino del día
donde el amanecer no cesa de ser
amanecer de sol
con la oscura ancla del barco.

Cuando los ojos la buscan
un barco horizontal
arroja sus puertas cubiertas de flores.
Las flores retornan al barco.
Algún día
ella paseará por la cubierta
con la rosa roja de la danzarina.
Desde ese instante
el alma nunca más la sentirá suya,
de su latido y su siglo.

Barco de vetas
combas y palabras.
Neutro,
pluma, carta y contención.
Sin determinársele el camino
envuelto en flores
de la flor aquella del alma
que mira al barco desplegar,
arribar.

Corriente que sigue
el rumbo de los ciegos,
la pisada de los que escuchan,
el silencio de los otros,
allá, aquí,
antes, después.

Anochece del barco
en el aroma de la flor
y su visible nube
de oveja que amanece:
suerte del día
para el que ama.
Caja de sol.

Dentro de las sombras
la flor pasa sin silueta
de colores semejantes
a los de esas
dormidas entre las hierbas,
a los de aquellas enrojecidas aéreas rosas
de granjas dispersas, blancas:
balcones.

¿ Qué posee entonces
la sin figura alguna
y jamás en la mirada, en la espacialidad ?
¿ es que son suyos y de nadie más
los hoyos que en los cielos trazan
las honduras inabordables ?

La casa soporta viento, luz, oscuridad,
hasta que entra la flor única,
con la raíz de un árbol
nunca nacido en montaña alguna.

Un árbol llega
con ella debajo
aun si lejos, en la ciudad
la rebatiña arquea sus lomos de púas
y la tierra gime
por los secretos virginales
de sus raíces arrancadas.

De tracalería, arranque, rapiña,
nada sabe ella, primaria, concreta.
Las otras, de mantos, estampas, fugacidad,
viven,
Si el hombre aleja lo anegado
y siembra el árbol
que nunca antes había crecido.

Nuestra, del mundo y de los hombres,
florecente no flor
¿ alguien puede amarte
si eres inasequible a la mirada
a los labios,
aun al sueño del anhelante barco sin fin ?
Gustan las copas de cristalino oro.
Se lanza el plomo veloz del manotazo.
Abundan los tronos
que dirigen hélices, buques,
asientos de grandes sellos reinantes.
Se impone la frialdad del acero
la red diamantina de los dedos.
Vale lo que existe
sin prestancia de cuerpo pleno
aroma, redondez,
resistencia.

¿ Conoce ella la caricia
que pulsa en agua honda
de nube alta hacia los cielos ?
El amor arriba,
se expande
entre el peregrino de los andurriales
y el golpeado por los aires brillantes.
Y ella
¿ ha sentido alguna vez
el amor del ala
del labio
del grano ?
¿ ha rozado el travesaño silencioso
junto al muro de lo que fue
y sigue siendo
en el tablado del recuerdo ?
¿ ha mirado la fragilidad de los dedos
que al cesar de extenderse
quedan en cerco de aros
nunca más para el amanecer del ímpetu
y el peregrinaje del nido errante del poeta ?

La mirada donde alumbra la casa roja
húmedo para cada día
y cada expectativa.
Y ella, la de armadura inexplicable
¿ en cuál cobertizo yace ?
Las otras cercan los hangares,
las colmenas, las avenidas,
hasta diluirse entre la lluvia y el sol.
Mas ella
la de siempre más,
como nunca ha vivido en los campos
ni las montañas,
jamás se desprende.

No delinea pórticos,
avenidas, cerraduras.

La llamamos así

y ¿ puede acaso oír alguna otra palabra ?

Nombres son peñascos,

portafolios, cierres;

pierden lo visible al desaparecer

en seguida lo imposible tupe

con la silenciosa invisibilidad.

Silencio de la flor:

invisibilidad.

Silencio de la visible

pronta desaparición

de lo que impulsa, rueda, calla.

La palabra es orilla de aquel tallo
desde el primer instante solitario del vacío.
Tiempo parejo de lo inmensurable
igualmente aquí,
en los cardones de hiriente boscocidad,
en las tejas destruidas por el desamparo.
Y ella íngtima, inexistente, en los arcos de las flores,
en la corriente de lo justo,
y alguna calle envuelta
en la alegría de un camino
inexplicablemente inmenso.

El silencio se hace invisible
si la mirada busca esa flor
y un barco semejante a los barcos
nos abre la puerta
en un mar que no es mar
en un mar que semejante al silencio
no es el silencio de la flor.

Barco de arenas y chasquidos.
Sobre el horizonte de lo íntimo.
Nadie lo escucha.
Nadie lo nombra.
Solamente ella sabe de sus flores
que son las mismas de los siglos,
de la caída oscura del ancla
sobre lo intocable del fondo irremediable.

Entre lo fugaz que se disuelve, desaparece,
ella:
estancia donde los límites,
los cuadrados y las verticales,
se hacen nítidos en la armazón de la ciudad,
en la distancia de los recuerdos,
en lo andante de los horizontes
cruzándoles la raya blanca
de la abismal canción del barco.

En el pensamiento
los claros parajes del tiempo.
Nunca un bosque vive sin flores.
Lo inseparable es el horizonte
donde la flor original flota
junto con las que lanzan
desde la cubierta del barco.

Una concentrada soledad
es el pensamiento que aguarda.
Un cercado silencio es la palabra
entre las efímeras sentencias
y las claridades que va acumulando.
Entre tanto ella
y las señales del hombre,
el diálogo,
el árbol, la piedra.

En el despliegue abierto de la inteligencia
ella, en blanquísimo oro
sin reflejo alguno de azul,
verde, marrón.

El brillo oscurece la flor
con ese pensar suyo
de tierra amante para los hombres
las mujeres,
aun para las flores rojas
de la pasional memoria.

El pensamiento desabrocha el origen.
Ella, tan lo mismo, intocable,
vislumbrada dentro de esa otra flor
subiendo a flote
como la única estrella del mar.

La tierra enrojece a la par de la flor
que va soltando sus asiduos
y frescos blancos pasos,
sus asiduas y blancas nubes:
tejas del alma
a las que acude la palabra
junto con las demás flores
sobre lo palpable y veraz
de lo invisiblemente visible.

Lo visible nace, se evapora, se hunde,
en el fuego interno
de los más antiguo, primario.
Su piel nunca se ha inclinado ante la piedra
sobre la que está seco el llanto
hasta que entra al mar
del hondo lazo del origen
con el fin del erizo
de tranquilas e insospechadas espinas.

De lo invisible emanan los hilos
que denuncian la voz,
y lo existente es una piel
nacida de lo inexistente
para la palabra y el vínculo:
unión del pistilo con el agua
de la sombra con el cuerpo
del viento con las flores de la tierra
y ella en la tierra de las flores
que al apuntar en el alba
cambian de riberas
y se borran en el mar
de las dentaduras inesperadas
en la inercia de la catedrales derruidas
nunca exactas
entre los reflejos de las distancias.

Lo invisible no es tan invisible.

El vacío es su carpa
que tambalea y se quiebra:
estás con lo exacto
y ella con nada y sin nadie.

Otra vez lo exacto

Lo exacto de la flor vive
en su silenciosa afirmación
al dejar que los gajos se repitan
y el cuerpo entregue
su anchura de cúpula mortal.

Y lo exacto
en el impalpable ensarte de la flor,
con el círculo del sol
y el fugaz número de la inmensidad.

Mas lo exacto
en el fondo de los relámpagos,
en el fondo tembloroso de la palabra.
La flor entre los días
y el alejamiento repentino del amado

Igualmente su exactitud
donde la mano se crispa
y la mirada alimenta la forma del relámpago.

Otra vez lo exacto.
Lo errante no retorna,
el alma escucha.
Lo frágil se desprende, moviliza,
y ella
en la invisible soledad del tiempo.

El resuello de la soledad
no cruza la tierra
para decir: soy visible.

Lo errante retrocede
abre la cáscara
empuja la piel,
Lo frágil se desprende
moviliza las inercias.
Lo inerte irrumpe
nace del agua más íntima.
La hoja no concluye.
De lo móvil lo inerte
de lo inerte el golpe de sangre
creciendo entre las flores
visibles de la soledad.

Se ha abierto la nube
para que aparezca la flor
y tienda sobre la tierra
si íntegra silueta.

Mas ninguna sombra, rastro,
huella, figura, surgen.

La tierra está sola,
mas con ella:

única flor
flor de manantial.

Aparece
si la mirada recoge los desperdicios
y contándolos uno a uno
llega a su fin
donde no habitan números, cortejos, jerarquías.
¿ Y lo bello ?
De eso recuerda el mar
cuando por primera vez
las nubes dejaron pasar
la luz y la sombra
de la flor que nos asombra
por ser la sola, única, inexistente.

La distancia en el pájaro.
Lo cercano en lo lejano
de una corola entre los horizontes de los barcos
de ese barco que carga pantallas
donde las caras desaparecen
para no decir que estuvieron allí
y vieron la presencia
de las aguas poderosamente azules:
Saludo de mar que nos empuja,
saludo vivo en la mar
si es la flor.

El barco la busca
crece la proa, la pasarela.
El barco
abierto como el alma
al cercarlo el cuerpo indescifrable
como si a través del agua
quiera presentarse la ciudad
quedando retenida dentro de las hojas
que mueren
y el color de las casas.

El rayo en el recuerdo

lo asiduo del dolor.

La flor en el instante de todo nacimiento:

hora inaplazable

de raíz hacia los soles,

de la cumbre comenzando a abrirse.

El que mira tienta la flor.
El que escucha la posee.
Instante que se deshace
sinos tupen
los enjambres escabrosos de la ciudad.

La flor en su palpable centro
de corola ausente.
Y el corazón que apoya
el invisible nudo
de la tejida aspiración.

Las manos entre las flores,
ninguna rechaza la brusquedad de los dedos.
Dentro de la memoria
están las asiduas y lustrosas
que una vez quedaron del paseo por las gradas
hacia la ferviente amorosidad
y su pasajera erupción.

La poesía y la flor
nunca dividen, ensartan.
Son una sola andanza de tropiezos,
flores, mares, cadalsos, ligaduras
llegando en maleable centro de permanencia.

El viraje de la mirada
sobre el polvo de la oscuridad.
En cada alba, en cada ensarte
la flor
y los hombres que la arrojan fuera.

Ninguna mano se desprende del tiempo.
El tiempo es índice
de la inclinación libre
del cuerpo suspendido.
Un árbol ansiando esa flor
que marcando no se marca
ni en los vestigios del cascarón y el musgo.

En las corolas, en los pistilos,
en los aromas, en la voz,
los pasos de un tumultuoso viaje
en canto y costa larga.

Bajo los pétalos marcha
el viraje de las sombras,
el desprendimiento imperceptible del amanecer,
aun las cicatrices dobles de los tiempos.
Y la flor ¿ hacia dónde se dirige
si la distancia deja de ser distancia
para ella a quién nadie le impide
estar sin ser notada,
como el amor cuando cae a tierra
y no llora el dolor
sabiendo que partió
hasta el último esbozo de equilibrio.

Lo invisible es un rastrillo.
Deja vislumbrar
lo cambiante de la sombra,
el acerado azul
de toda cosecha, cuerpo,
necesidad, agua.

Se eligen las caretas, los plumajes.
La sonrisa no vacila
en desplegar su canto
de estanque y de lluvia.
Se espera por la flor
la nunca mirada al acercarse el cielo de las aguas.

A la flor nadie la anima
pasa libremente
es la añorada desde el momento
en que alguien nació
y confundió el sol
con la más olorosa de las flores:
la sola ella.

El niño contempla aquel polen
elevado sobre la tierra.
Piensa la flor
encontrada cuando descendía la tarde
y la casa pertenecía
a la corteza de la flor,
esa tan igual, inalterable,
sin escapes.

Si los tallos de la soledad brotan
hay que dejarlos crecer.
Algún día
dirán lo que la flor dice.

Los rostros y las bridas.
Las bridas y los rostros
para abrir y ajustar el antes y el después
de los pasos lisos, húmedos,
en el verdor brillante
junto al sol de las uvas.

Vamos hacia el poniente.
El saldo de las joyas se extirpó.
Asalta el desierto de la pared,
la cáscara blanca de la lluvia.
Un pequeño disco de abejas gira,
es la historia muda del alma
entrando en la memoria
con la flor que pendió del sable,
la garganta, el pecho.

Hay prisa,
demasiada prisa,
queremos alfombrar los huecos hondos del abismo,
asir las vestiduras del ausente:
sin temor
toma la flor y riégala

El guijarro desapareció

Contigo,
conmigo,
con el otro,
en el ancho margen del desprendimiento
y la elevación.
Un árbol, una vez,
y la casa roja
para los días, las noches que entran
y se van,
quedando los andamiajes
donde se fortalece la soledad
y alguien mira
cómo es de oscura la habitación
si un sol otro, distinto,
alumbra el alma
y la invaden claridades de mar
decididas a acompañar
hasta el último destello de la piel.
El sueño quedó atascado
entre la inercia ósea
y la sangre que no pudo más.

La flor acá.
Como si el calzado de cemento
le hubiera detenido su paso
de flor nunca para sí
tal vez para las exuberantes de la mesa,
de la jarra,
aun las del cartón de alguien
que se lanzó a coger
las hierbas de la frontera,
los rasgos últimos de lo remoto.

¿ Dónde están los espacios
si ella carece de hebras
para engarzar los horizontes
y llenar la página blanca
sin cesar en nuestra vida más íntima ?
¿ dónde se halla el tiempo
si desconoce los vendavales
e ignora totalmente la muerte ?
y ¿ dónde se encuentra la silla
si en la imagen la silla es copa,
capa, cúpula ?

Semejante al aire nunca nos hiere.

pareciera encontrarse

más allá de toda luz,

sombra, redondez.

Lo parejo del horizonte

y ¿ creció acaso para que se distinguieran

los arenales de lo lejano

quedando la distancia

como ave que al huir cesó de existir ?

irrumpieron las aguas
para que las aguas
fueran las de la tierra
y no la de esa flor, así,
ella sola,
jamás en las laderas,
los desiertos,
los escondrijos.
Las flores, las otras,
las que llevamos en cauda larga del pasado
se nos quedan muy dentro,
tan dentro que parecieran
no retornar más
a la abundante fragancia del trigo, la miel,
el torrente.

Se espera el sol con la flor
igualmente sol para los ojos
preparados a cruzar las murallas impertérritas,
poderosas:
montañas de coralinas falsas y pieles turbias.

Si se nos acerca
es señal de un camino
donde no se mide la cadena con la marca
ni el frontón con lo aprisionado de la tierra.
De la flor
ningún polen, ninguna corola,
ningún pistilo que nos ofrezca
sus vitrales de ovaladas catacumbas.

Se cuentan los gajos.
Se duplican los tallos
y la brisa prosigue más allá del llanto,
la limosna,
el perdón.
Late lo aún no dicho.
Nunca el viento ha dejado
de esparcir el canto de las aves.

Algo emana
si ella se nos insinúa.
La memoria lo sospecha
y abre sus enseres más internos.
Ninguna hermana, ninguna opalina,
ningún abrazo, reconciliación
quieren escapar;
olvidaron los roces,
los indicios,
la desazón.
A la flor dejarla ahí,
en los dobles de las cayenas
y el revés de las carátulas.

No pertenece a la llanura,
a lo escarpado de los precipicios
sobre los que desaparecen el rayo,
la hoja, aun las manos
después que dejaron de ser alas
de saltos, ascensos.
Y la flor tal cual,
sin alejarse, sin regresar.

Con los dedos recogemos las raíces.
Con el alma vigilamos
lo que no descubre la mirada.
Ella ni sujeta ni carga.
Es la flor de ningún polo,
desierto.
Lo desértico aumenta
si no devolvemos
los oleajes claros de la vinculación.
Si se clava el fruto en la piel
y se hincha
es que el agua nunca existió.
La flor lo supo siempre
sin saberlo como lo sabes tú,
como lo sé yo.

El corazón mantiene
la sombra de la ausencia.
La flor ni es clara ni es oscura:
aire que al rozar la piel
queda en leve paso de huella
al fondo de la sangre.

Si naciera pertenecería
a lo que se mira,
a lo que huye
aun a lo que desiste
como el amor si no encuentra
la redondez cálida de lo estable.
Y si pereciera
lo reconocería la mirada
donde el alma asoma
en gran oveja buscando
la rada silenciosa del amparo.
Ah, lo invisible
ahí tu cuerpo purísimo
intraspasable,
acercándose sin el pasto,
el torbellino, la azucena.

Flor dentro de su instante propio de blancura,
como si toda ella
fuera únicamente nube.

Las nubes ¿saben acaso de flores blancas ?
¿lo sabe la flor ?

La neblina envuelve.

La palabra se carga
donde lo invisible comienza
en espuma blanca
de nubes y velos blancos.

En lo imposible
la invisible piel
de una flor no apresable
por otra flor abandonada en los espacios
como grano de arena dentro de la inmensidad solar.

Es el asombro de vivirla
lo que nos ensarta
a los días del camino.
La de laja crece para el viento.
La de aldaba se adhiere a la habitación
donde la puerta la arrasó
ese que buscaba
un solo y único rostro
¿ el desconocido de la flor ?

Descubrimos su vestidura
en la tierra íntima del silencio
y la llamamos así
desde el día en que el alma
la requirió en la ciudad
y una bandada de pájaros negros
ensombrecía las amapolas
recostadas sobre escaleras,
trapecios, dinteles.

Van las manos
tras las flores de las piedras.
A ninguna las detiene la piel,
la suavidad.
Dentro, muy dentro de nosotros
se encuentran las flores de la vida
aun las de la muerte.

Si pulsa nadie la detiene.
Si se nos acerca, entra
como si las hojas
jamás se alejaran de los caminos.

Hasta en la zanja
de quién la mira
entre la noche
del diente desmesurado de la tierra.

La recibió el corazón
se la había atado un pétalo
del que nunca supo dónde comenzaba,
dónde concluía.

Nunca antes habíamos sentido
la presencia de una flor intocable.

Los caminos de las redes

La paz es una celda
y el dolor espejo que la rompe.
Una flor nace en la lluvia
huye y desaparece.
La ciudad estremecida
sigue reteniendo sus indicios de vida:
el goce, el cesto
el llanto del brillante
una casa abierta como río
una voz abriendo
los caminos de las redes.

Las rosas cubren el camino de las heridas.
Las heridas atan el pasado.
Las superficies propagan las huellas.
Las espinas siguen debajo
donde las emboscadas y los asaltos
son turbulentos
de opaca dureza
y dentro de un mar
de barcos deshabitados
y las historia enredada
a la agresora espuma de la detonación

Si la rosa fuera apoyo
los hambrientos la buscarían
aun entre los hierros y las cadenas.
La rosa mana sin dolor.
El dolor adviene desde dentro
llega hasta la piel.
Ningún borde se acerca.
Ningún arbusto vuela.
Es habitual la cuerda del desafío
mas el recuerdo palpa
y la herida no se retira:
pequeño animal
que de tan desnudo y tembloroso
no alcanza la acuática curación.

Sube el dolor por los ríos
como si fuera el hermano gemelo
que lleva sobre sus hombros
raíces que dejaron de atar,
piedras que jamás faltan
y el esperpento del vacío
cuando el dolor atraviesa la mirada
y estalla el ahogo
retenido en los nidos sangrientos.
El afán entonces
se hace arena decidida de continuidad.

En los travesaños
el frío del desalojo
lo ágil del anhelo
y ¿ ella ?
Un sonido de herida
surca los espacios.
Nosotros sin mirarla
mas ella yéndose con la brisa
hacia el albergue
donde alguien abre la cerradura
y busca las rosas
que llegan junto
con la madrugada del barco.

Dramatiza el hombre
la interminable nobleza del tiempo.
Vive en camino alto de luz
combate
si en la lindante pauta de sus quehaceres
ninguna fragancia crece
con el tallo por la casa para la prolongación
de todo azul fiel que ama.

El hombre existe junto al agua
bajo el cielo.
Reconoce las heridas mudas de la paz.
Se acerca a los tallos al pié de la montaña
vive en la ciudad
con sus huellas de canoas
y sus acusaciones de ácidos luceros
y sus aplausos de grandeza
junto a la pierna roída
como arcaico paredón.
El hombre busca, pone las huellas
él es una más
como de árbol, atardecer, costumbre.

El hombre sospecha del abismo
y su evaporación de brisa.
Vive con la carga de su espejo
y las mil semillas
del ambivalente destino.

Suave
sobre lo blanco de lo lejano
que entrega las horas del tiempo
el camino y sus señales de silencio.
Así el paso del hombre
que el polvo cubre
para resguardarlo
bajo el pié de los árboles.

El arrecife resiste
y no es ciudad de defensa.

Irrumpir.

En las arenas están las casas del calor
el deslumbramiento abismal.

Sobran los oros
las quillas que hiriendo
se colocan el astro
cuando los astros
nunca han cultivado los oropeles.

Donde no hay bien
no se curvan las corolas rojas
de rosas puras para las carreras
sobre la hierba de una ciudad
doblemente cruel
olvidada de la flor
sin arcos ni columnas que la sostengan.
La libertad se parece a ella
nadie la soporta
las aves
son las que mejor comprenden.
El vuelo se desprende
cuando las alas traspasan la noche, la claridad,
y llegan al recodo que no es recodo,
a la gruta que no es gruta,
al quicio que se nos abre
tragándonos la negrura.

Los puentes afirman
impiden que los vacíos
se traguen los arbustos, las flores,
hasta ese cesto nuestro, íntimo,
que conserva la cacería
y respalda el frágil escondrijo de la agresión.

De la raíz se extrae el tegumento,
la articulación y la sangre:
plataformas lentamente deteriorándose
si el despliegue de los conflictos
y los estruendos íntimos
no llevan consigo
esa tan bella, ella, del existir.

Muros

como si los muros fueran
sólo para ser recortados.

Resistir.

La montaña verde
no la que se va al fondo
del pozo.

Entran las manos
en la flores de las piedras.
Retorna al alma
lo luminoso del asombro.
La mirada se ha deslizado
dentro de lo intocable de los muros
se descubren el mendigo de los aledaños enlutados,
el polvo arcaico de los guerreros
aun el tapiz de las flores antes amadas.
Asimilamos lo permanente.

Fuego inacabable que edifica

Por su presencia
la flor viva
entre las flores de las aguas temporales
conmigo, contigo,
con el otro;
en la voz,
en el pasado
aun en la callada redondez
y en el blanco esplendor de un barco
yendo hacia el poniente:
única constancia
y ella
en los espacios del tiempo
en la razón del árbol
sosteniendo el descenso de los sueños
lo arbusto del anhelo,
la palabra que por primera vez
rueda en el mundo
y halla la piedra blanca de
los puentes que resisten.

La flor deja que hable el mundo
y lance sus alcatraces y atarrayas
de imposibles retornos.

La tristeza y su descendencia nocturna
igual al acantilado frente al diluvio.

Y con ella en el calor del alma
y el advenimiento de una otra faz
de una otra voz antigua de la memoria.

El agua anda
alguien la siembra
y la deja quieta.
La flor parecida al agua
se acerca a las hierbas
y pone a andar
la onda primaria de los tubérculos.
Sin ninguna flor
sin ninguna faz
miramos, acatamos.
Hierbas, aguas
para las manos que buscan
y se tropiezan con las andantes calas
añoradas por la ciudad
de cabestros largos
y armas blancas
sin tierra alguna
de cuenca concavidad.

Si vamos tras de ella
más nos invade la espacialidad
y desde el momento
en que a la ciudad la copa la lluvia
y la gente como si fuera guante,
picaporte, cobre,
pasa arrasando,
llevándose aun los anillos
de supuesta longevidad.
Adivinas entonces que en ningún lugar
ella está
ella, tan ella, tan flor allí,
originaria
donde no cabe el pié,
la mirada, la razón.

La pasión por lo inmenso.
La pasión por la largo,
corto, pequeño de la palabra.
Lo mil del cisco y aún otros más.
El amor por lo cercano, distante,
entra las lámparas azules del agua
y el anhelo que se reproduce
al expandirse los aldabones fecundos
de la temporalidad.

El hombre elige las raíces
sorprendentes de la continuidad,
la variada armonización del día
para el alba que aguarda la desaparición
como le acaece cada vez
en tanto se borran los astros
y el hombre carga sus espejos
aun las prendas de un destino
a veces inoportuno
a veces imprevisto
devorador de todo instante.

Para los siglos
la flor nunca ha sido visible
por el tiempo de las rondas
por el tiempo de los destellos
por el tiempo del alma y sus dominios.
Al tiempo no lo asimilamos
como aprehendemos
el almendro requerido por todo labio,
toda sed, toda boca:
alimento.

Atraviesa a las pupilas franjas
de ágil desenvoltura
van hacia un centro no visible aún
para el horizonte íntimo
de los tiempos diarios, nocturnos.

Tristeza si el alma pierde su fragancia
y ambula sin hallar
aquello suave, dulce,
de nube y agua,
de lumbre y libertad.

Si el diálogo anuncia la crueldad
se dobla la flor
y no arriba el polen
a la variable piel de la palabra.

Pon la frente en el viento
lentamente llegará el aroma de los bosques
y con ellos
la fermentación dúctil de los orígenes
en los terruños arcaicos de la ciudad.

Si alguien intentara destruirla
perecería la flor de la plaza,
del alero, el barandal,
mas ella no concluiría.
No existe como el azul,
el matiz, la sangre.
Jamás ha sido dueña
de portales cerrados,
de cerrojos opresivos.
Trasbordar es su cercanía
para el cambio de las nubes,
de los brillos,
aun cuando el alma intenta
acolchonar la tierra,
los cielos, todo.

Cuando la flecha hiende
se oculta la flor.
Ningún labrador abre las cortezas.
Lo inmóvil presiona el impulso.
Ninguna mujer empuja la puerta
inerte lo que induce el propósito.
Hoy es nunca
mas
abunda el regreso de los hechos
las partituras de los alcances.
Es hora de crecer en los horizontes.
El barco marcha hacia los cielos
abriéndose la flor en cesto-astro,
canto, navegación.

La flecha hendió los ramajes
y en la tierra hubo más árboles,
más copas,
más caras en las ciudades
de relámpagos.

La hierba tropezó el azul blanco
de esa flor lejanamente silenciosa
mas en el alma:
fuego inacabable que edifica.

La indiferencia puede más
que el oleaje blanco del anochecer,
agazapa el combate, la resistencia,
lo refulgente del amor
y el decaimiento,
en tanto un sol de espumas agresivas
se desplaza hacia las arenas
de las huellas y las voces.
Allí también la flor
de forma inexplicable por la razón,
flor inaudita del hálito caliente
entonces ninguna soledad detiene
ninguna ave cae,
escala una sangre llena
plena de cuerpo, alma
en proyecto para el ajuste y la carrera.

No es azul lo que cuenta
como hilos sueltos,
hacia arriba.

Debajo del mar
surcan los tallos blanquecinos
de un sol distante, fuera,
en la armazón variable de los espacios
con la sombra oscura de los bosques
aún no nacidos entre los horizontes.

Para ella solamente amor vivo
de flores laborables, de árboles
y salones.

La habitación retiene
esa flor pequeña
que una vez el viento condujo
hasta hacerla ahora azul
semejante al final de cada cielo,
de cada día extenso, azulado,
como cualquier río
de cerca parca, huidiza
tanto hacia arriba
como hacia abajo.

Creció el día
se hizo espacio azul
en el azul del tiempo.
Toda hora es tan cielo allí
tan cielo inseparable de la noche.

El cuerpo arriba a las partes
que no sospechaba le aguardaban.
En el rastro de la lluvia
permanece el aroma
de la flor íntima, sigilosa,
esa misma que llegando
nunca alcanza a llegar.
Lo fugaz tiembla, pasa.

Las flores no cargan oros.
Los oros están dentro del sol
o yacen sujetos a los barcos
decididos a cargar
los diamantes diarios de los relámpagos
del disturbio y la sumisión.

La llevas en la piel
y ella va pasando
entre los hombres que limpian
la sangre de las explosiones.
Ninguna frente de sándalo y alga.
Ningún labio de enlace y manantial,
con el mar ahí seduciendo por tanta agua.
Rozan las manos los vidrios muchos
donde descansan las hebras grises
de alguien que nunca conoció bienes,
toldos, sucesiones.

El hombre califica los tallos de las arenas
aun los más claros de los oleajes.
La flor no es en los espacios de la tarde
y lo lejano.
La retiene el silencio de la tierra,
el de las brisas
cuando recorren los océanos
y un barco espumoso
busca la flor
para dejarla en el quicio de la puerta,
con el niño como costa,
y la explosión afuera
en partes y lados:
caretas indefinidas del porvenir,
caretas de saltimbanquis
nunca frutas
para el hogar de los invitados.

Movimiento visible,
invisible de pasos abiertos
que no pueden retroceder, cerrarse:
red que fluye del árbol al asteroide,
y al último cuarzo blanco de todo jazmín.

Ella nunca ha herido la tierra
ni a los hombres que cortan sus alcobas
explotan sus quehaceres
lanzan sus cartas hacia afuera
para labrar tal vez
un otro cimiento diferente.
Ni aun en lo más propio
nos olvidamos de ella
tan dentro, dentro,
que llega a tocar
el astro oscuro
de las miradas ajenas,
distintas.

La ciudad tiene del hombre su cuerpo;
se abre al cielo
sin que el cielo la esculpa.
Los pasos de las aves
inyectan lo lejano con lo cercano,
y son las aceras
el lugar de las nubes oscuras
y son los suelos láminas
extraídas de los prados
y son los árboles
los que esperan traspasar
y nacer de nuevo de las flores blancas
de las alcobas, el escenario, la banda.

En la ciudad las joyas
desconocen las ondas del regocijo,
las claves de lo próximo,
el alcance de la soledad,
Sobre lo febril del cemento
aglomeración de alientos
bastos y desatenciones.
La calle retumba
es una selva de rostros prefabricados
y cada flor maltratada
es un signo hacia la tierra que la espera.
Y el quejido se eleva
en vino inmenso de amarga sequedad.
La ciudad destila toda,
sin ti
tú la de nunca estar
en la ventilación, la carga,
y el aguacero blanco del amanecer.

A la puerta la enmudece
los espacios de la brisa.
No hay lamento.
La esperanza vive
aun si dentro del torbellino del vínculo
desaparece su cornetín de riberas y deslizamientos.
Un tallo fluye,
es un cuerpo más de ascenso,
descenso.
La lluvia arrasa.
Nadie la toma.
Se piensa entonces en el llanto, en el dolor,
en ese que por ser agudo y hasta brillante
se hunde, traspasa,
llegando a la redoma
de la solitaria flor pensable.

Siente el alma
el horizonte de la flor
y aparece la frontera del arraigo.
Brotan, en cuentas múltiples,
el gesto primero del amor,
el acercamiento,
y la paz de una flor
para el aroma del día, del sueño,
y del cuerpo que se resiste
a abandonar su sombra
como un quicio ahí
para la enredadera del pétalo
abrasador
en el instante íntimo
de la primera y última vez.

El borde,
quieta cuenca
para ella floreciendo.
Mansa liviandad esta
para las manos al escarbar
el pensamiento
donde la flor es terreno
de la flor esa del ojal,
el friso, el hierro.

La flor nunca permanece
nada sabemos de ella.

El tiempo crece
en el despliegue de la tierra,
en el desprendimiento de los frutos,
y en el errante cóndor de las cumbres,
las catedrales.

La marca de los siglos
la reciben las pupilas
cuando miran al viento
atravesar las ciudades
que resguardan las fases de lo que una vez fueron
y siguen siendo
en la invisible seda de lo ido
y la abismal seguridad del fin.

Acércate a la flor,
mírala
ella se oscurecerá en el instante
en que la claridad
empieza a regar
los vacíos interminables de la memoria.
El nacimiento es una luz,
la claridad un fin que pasa a otra claridad.
Los ojos son del sol,
del viento,
y el alma del advenimiento solitario
donde cabe desde el grano del astro
hasta la piel y el esfuerzo
de la más antigua pureza

Sabio el que mira el revés
y sin apretar las manos
deja que el pié marque levemente
un suelo nunca a ras del suelo,
un suelo que no retroceda.

Lo visible no comienza en la luz
empieza en lo inexistente de la flor
al fluir junto a la mirada de un niño,
en la figura de un árbol,
en la exactitud de un poema.

El canto de los espacios siderales
prende en la memoria
el césped claro del verbo.

Generoso
el que está con el árbol
y el árbol con los miles
que hace décadas desaparecieron.
Tierra la flor
para cada corte,
herrumbe,
vacilación.

No la apremies.
Jamás ha sido palpada
ni por esos tallos lisos,
puros, del tiempo.
A lo impronunciable se le respeta.
Nunca responde
el campo invadido de flores
que en la flor están.

Su razón no es lo exacto.
Su lógica no pertenece a la igualdad.
No imita a las aves
que se detienen en el horizonte
hasta abandonar la nota.

El árbol blanco de la espera
se encamina hacia las raíces
ella, allí, en altura, en suspenso
semejante a la lluvia que no cae.